

El abanico de Oscar Wilde: vigencia del ícono de la modernidad victoriana en nuestra posmodernidad victoriosa

Carlos Franz

A 110 años de su estreno, vuelve a montarse en Londres y en uno de los teatros favoritos de Wilde, el Theatre Royal Haymarket, la primera de sus «comedias de la vida moderna», *El abanico de Lady Windermere*. El montaje es espectacular y la corta temporada ya está mayormente vendida. Bajo el gran pórtico neoclásico del teatro, en una fría noche, se agolpa una multitud ansiosa de ver a Vanessa Redgrave en el papel de Mrs. Erlynne y a Joely Richardson, en el de Lady Windermere, madre e hija en la vida real y en el texto de Wilde. La dirección de Sir Peter Hall saca el máximo partido de esta circunstancia. La aparición de Redgrave en el segundo acto -audacia wildeana: el personaje principal se demora media hora en pisar el escenario- tiene un efecto electrizante. Para ese entonces, después de la masiva dosis de frivolidades y cinismo -¿o son la misma cosa?- propinados a aforismo limpio en las escenas anteriores, el público ya sospecha que algo anda muy mal en la tersa vida de la inocente y dura -¿o son la misma cosa?- Lady Windermere.

La trama se desarrolla conforme al libreto de la comedia de enredos con sus cabos sueltos -algunos muy sueltos- y sus caprichos. Al final de cada acto cae un gigantesco abanico en lugar de telón. El público se ríe en los momentos apropiados y celebra las frases de ingenio a carcajadas, aunque a veces creo notar cierta vacilación, un *delay*, como si el sentido de la broma llegara unos

segundos tarde a los sentidos del espectador del siglo XXI, demorado por el viaje a través de los cables eléctricos retorcidos de estos cien años. Pero cuando el reparto asoma tras el telón final, una ovación instantánea celebra a Vanessa Redgrave y a Joely Richardson, su hija -en la obra y en la vida. No sé si una buena actriz, incluso una actriz genial como ella, sería capaz de fingir también la sencilla ternura, el orgullo materno que le humedece los grandes ojos transparentes cuando toma la mano de su hija. No lo sé, pero lo seguro es que juntas y bajo la dirección de Peter Hall, han contribuido a que Wilde haga el truco de nuevo.

Tal como hace 110 años, tal como en la tragicomedia de su vida, Wilde ha hecho el truco de hacernos pasar el gato de su dolor por la liebre de su humor. Y lo ha hecho a pesar de los pesares. A pesar de lo endeble de la trama, a pesar de la profesada superficialidad de sus personajes, a pesar del cómodo hedonismo de nosotros, de su público -victorianos modernos de entonces y victoriosos posmodernos de hoy-, y, sobre todo, lo ha hecho a pesar de sí mismo. Wilde ha hecho el truco de hacer latir el soberbio corazón blindado de la descorazonada humanidad contemporánea.

La trama es sencilla, aparatosa y endeble, como un abanico. Lady Windermere, joven huérfana, bella e inocente, se apronta a celebrar el primer año de un feliz matrimonio con un hombre apuesto y rico. Ella lo tiene todo, incluida la suprema seguridad de las buenas conciencias, esa ilusión de creer que sabemos donde está el mal y que seremos capaces de resistirlo. Una de esas malas lenguas, que nunca andan demasiado lejos de las buenas conciencias, le revela a Lady Windermere el consabido chisme: todo Londres habla del amorío que su marido mantiene con una madura y bella mujer de mala fama y peor conciencia, la impresentable Mrs. Erlynne (que no tiene un pasado, sino más de diez).

Desolada y resentida, Lady Windermere decide ceder a los avances de un pretendiente enamorado y fugarse con él, más por venganza que por un amor que no siente; es decir, descubre que ella también sería capaz de perderse. En el último momento, antes de que cometa esa fatal equivocación, Mrs. Erlynne interviene para convencerla de que no hay nada entre su marido y ella.

Todo el público sabe a esas alturas que Mrs. Erlynne es la madre de Lady Windermere, la madre desnaturalizada que abandonó a su recién nacida para seguir a un amante, condenándose a una vida de ostracismo social (un argumento menos descabellado si se recuerda que pocos años antes Anna Karenina se suicida por algo similar). Mrs. Erlynne había vuelto para chantajear al rico marido amenazándole con revelar a Lady Windermere lo oscuro de su origen. Pero al descubrir la inocencia de su hija, Mrs. Erlynne descubre también el amor materno. Y por esta única vez sacrifica su egoísmo, cede y desaparece sin mencionar que es la madre.

Mrs. Erlynne es, por supuesto, el alias que Wilde escoge en esta obra. Como el propio Oscar, ella es cínica. Pero una cualidad la eleva sobre las buenas conciencias que la juzgan: su cinismo no es hipocresía, ni dureza de corazón, ni menos la dura inocencia de una buena conciencia. Ella, y su autor,

son cínicos para defenderse de un mundo implacable, para impedir que este los aplaste. Son prototipos del antihéroe moderno: el que apuesta a la incredulidad para ponerse a salvo de las desilusiones. «Todos estamos en la alcantarilla pero algunos de nosotros miramos a las estrellas» (es la misma frase inscrita en el horroroso sarcófago posmoderno que, medio escondido en una callejuela no lejos de este teatro, pasa por ser el tardío monumento de Londres a Wilde).

Además, y esto es crucial, en Mrs. Erlynne, como en Wilde, el cinismo se traduce en ingenio, ese *wit*, que en su concepto es lo único que puede defenderlos de la despiadada sociedad que inevitablemente los juzgará. El humor se revela así como una ética sustituta. Una moral práctica que nos sostiene donde han fallado las demás y que asegura al menos la supervivencia. «Manners before morals, Windermere», le advierte Mrs. Erlynne al indignado marido. Modales antes que morales, traduzco libremente (por mor de la eufonía). En el mundo de los tontos graves, de los «tontos morales», sólo el que ríe primero y de sí mismo, ríe mejor.

Bajo el manto de esos «modales» debemos entender que viene desnuda la ironía. La ironía como forma superior del humor. Un humor que se atreve a decir su nombre, que se ríe de él mismo antes y, sobre todo, *más que de nadie más*, ese humor que pone en duda la corrección de lo moral, en aras de cautelar la libre incorrección de lo vital. Entendiendo de este modo su alegato por los «modales» estaremos cerca de comprender al cinismo wildeano como una expresión de esa ética liberal cuya alma es su incertidumbre. (Incidentalmente: ¿será por eso que los modales y el liberalismo, como humor social, están tan lejos de nuestros modos en España e Iberoamérica?).

De igual suerte, Wilde iba a jugar al cínico, iba a apostar a ganarle al juego pragmático y brutal de su época -que en tantos sentidos sigue siendo la nuestra. Lo hizo ofreciendo la empolvada mejilla de su cinismo, para esconder mejor el flanco débil de su corazón: ese amor que no se atrevía a decir su nombre (aunque el verso es del bobo de Bossie, Alfred Douglas, y no de Wilde como suele creerse).

En esa empresa, *Lady Windermere's Fan*, la primera obra estrenada por Wilde, lo llevó a la cumbre de su fama, a la cúspide de esa gloria de icono pop que prácticamente él inventó. Cinco años más tarde, apenas, estaría preso, sus bienes subastados, se le prohibiría ver a sus hijos y estos cambiarían de nombre. Poco después, a los 46 años, Wilde murió en un hotel de París, prácticamente reventado -la descripción de su médico es aterradora- en la miseria. «El pecado imperdonable es la superficialidad», había descubierto apropiadamente en su carta *De Profundis*, escrita desde la cárcel de Reading. Pero nótese que escribió «superficialidad» y no cinismo.

Tantas veces relegado al arcón de los vejstorios victorianos, negado en las academias universitarias, donde si se lo estudia es por lo que no fue: un adelantado del movimiento gay, ¿cómo explicarse sin embargo la extraña vigencia de la obra wildeana, de este abanico polvoriento y amanerado y que, sin embargo, todavía nos sacude y nos da aire? Especulo una respuesta particular y otra más general.

La particular vigencia de *El Abanico...* estriba, en gran parte, en la de su personaje, Mrs. Erlynne. Sin duda, un atributo permanente de la obra es que Wilde consigue crear un personaje literario que, a pesar de cien años de feminismo profesional -o por eso mismo-, sigue siendo raro en libros y escenarios: una mujer interesante por su propia culpa -como Bovary, como Karenina-, y no por culpa de los hombres (recado para nuestras narradoras melodramáticas contemporáneas).

Añado otra razón, más general, para la supervivencia de Wilde. Del mismo modo que en su cambio de siglo, en el nuestro vivimos una paz imperial, esta vez americana, una prosperidad global, asediada por infinita miseria, un optimismo despiadado, y una moral demarcada por similar soberbia, la de creernos culminación de la historia. Cúspide esta quizá no gloriosa como creían a la suya los victorianos, pero siempre positivista, pragmática (gloria de clase turista que corresponde a una sociedad no aristocrática, sino de masas aburguesadas, o de burguesías masificadas, que es lo mismo). En ese sentido, nuestra actualidad victoriosa, con esta buena conciencia universal que cree saber donde está el «eje del mal» es la continuadora de esa comunidad victoriana, en su hipocresía, en sus modales disfrazados de morales.

Pero dejémoslo hasta acá. Dejémoslo, antes de cometer el pecado antiwildeano por excelencia: ponernos serios. «En Londres hay demasiada niebla y demasiada gente seria; si la niebla produce a la gente seria, o esta produce las nieblas, no lo sé, pero el asunto ya me tiene harta», afirma hacia el final de *El Abanico...* Vanessa Redgrave, Mrs. Erlynne. A la salida del teatro, esta noche, nos envuelve una sólida niebla londinense (y nos sorprende: la niebla es otra tradición británica en extinción). El público que se ha reído y, sorpresivamente para algunos, también ha sufrido, y todavía más sorprendentemente, quizá, ha experimentado un extraño escalofrío de inseguridad en sus sólidas certezas posmodernas, se disuelve en la niebla, en parejas, en grupos. Pareciera que se van un poquito menos reales, menos seguros de sí mismos, me digo. O será la niebla.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

